

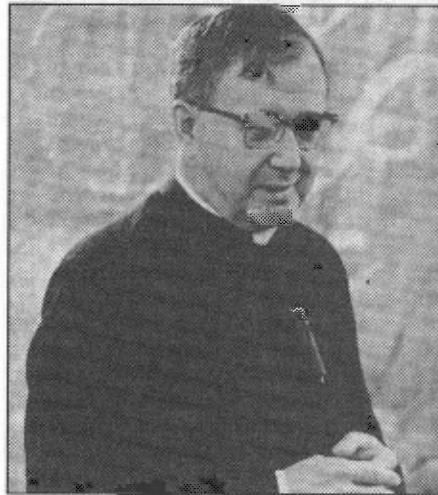
El próximo 17 de mayo, con la beatificación del fundador del Opus Dei, José María Escrivá de Balaguer, se pone en marcha un nutrido calendario de beatificaciones de españoles durante el presente año. El hermano Rafael Arnáiz, monje de la trapa de Venta de Baños, sor Nazaria Ignacia March, fundadora de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia y sor María del Sagrado Corazón, fundadora de las Siervas

de Jesús, serán beatificados en una misma ceremonia, el 27 de septiembre. Para el 25 de octubre está fijada la beatificación de 71 mártires de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios y 51 mártires del Instituto del Inmaculado Corazón de María. A recordar sus semblanzas —la de sor Nazaria la publicaremos en un próximo número— están dedicadas estas páginas que hemos agrupado bajo el título de «Beatificaciones'92». ■

ESCRIVÁ DE BALAGUER, UN SACERDOTE SANTO

EL próximo 17 de mayo el Santo Padre beatificará a Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. A la hora de escribir estas letras para ECCLESIA, ya en vísperas de la gran solemnidad de la Plaza de San Pedro, la gran alegría que embarga a la Iglesia Santa cuando glorifica a alguno de sus hijos, la sentimos de manera especial, creo yo, cuantos hemos tenido la fortuna —don de Dios— de tratarle y conocerle de cerca. A mí el Señor me concedió la gracia —bien inmerecida— de vivir a su lado, día tras día, durante los 25 últimos años de su vida...

No resulta fácil resumir las vivencias que se me han grabado a fuego durante tantos años de colaboración. Podría testimoniar con rigor histórico, como ya lo hice en su momento para el proceso canónico de la beatificación, sus virtudes cristianas, que se manifestaron de manera heroica, y su profunda unión con Dios, tal como aparecía en los acontecimientos y situaciones de que fui testigo. Sin embargo, preferiría detenerme ahora en un aspecto que ha determinado hondamente mi propia vida, y que entiendo como una fuente de inspiración continua para quienes hemos sido llamados al servicio sacerdotal en la Iglesia: Josemaría Escrivá, como sacerdote. Que eso, y no otra cosa, es lo que fue y lo que siempre quiso ser. Su vida fue siempre la de un sacerdote de Cristo, y su tarea, el ministerio sacerdotal. Para mí, evocar la figura entrañable «del Padre», como tantos le llamamos, es sentir muy cerca su corazón sacerdotal, inseparable de su manera de entender la tarea y la vida del sacerdote en la Iglesia. De esto es lo que querría decir algo en estas breves líneas.



Para el santo fundador del Opus Dei, el ministerio de los presbíteros en la Iglesia exigía y exige como punto de partida una entrega total, sin reserva alguna, de la persona a Jesucristo y a su Iglesia. Pero esa entrega a Cristo —que monseñor Escrivá vivió de manera tan heroica— se hacía sacerdotal en su entrega inagotable al ministerio recibido por la ordenación, que entendía y ejercía como un servicio constante a los hombres. Para sí mismo no contaban su tiempo, su salud, su descanso, sus gustos legítimos: todo se decidía en el servicio al hombre de carne y hueso, como le gustaba decir. Para quienes le acompañamos durante años, ese «desvivirse» por los hombres, sin acepción de personas, era como una realización ante nuestros ojos de aquellas palabras del Maestro: «el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro servidor».

Servir es, ciertamente, propio de

todo cristiano. Pero Josemaría Escrivá, con toda la tradición de la Iglesia, veía en el servicio la razón misma de ser del sacerdote. La consagración del ministro se explica en orden a la misión, a su envío entre los hombres, como Jesús fue enviado por el Padre. Por eso, observando su conciencia permanente de ser un sacerdote de Jesucristo y de la dignidad que esto comporta, viéndole vivir ese sacerdocio, y escuchando su enseñanza sobre el ministerio sacerdotal, se llegaba a esta conclusión paradójica: que lo verdaderamente «importante» en la Iglesia no son los sacerdotes, sino los laicos, los fieles en general. Los sacerdotes estamos para servir a los fieles. Lo importante son los fieles... Nosotros somos servidores, ministros, los sacerdotes estamos para servir, pero no en abstracto, sino a los fieles concretos —de la parroquia, del grupo apostólico, del ámbito pastoral de que se trate—; es decir, a los matrimonios, a los jóvenes, a los niños, a los religiosos y a las religiosas: a todos los hombres y a todas las mujeres. Ellos son lo importante, no nosotros. En mi experiencia junto a monseñor Escrivá de Balaguer, esta «vivencia» del sacerdocio es algo imborrable.

Josemaría Escrivá tenía una clara conciencia de la acción apostólica de la Iglesia no sólo como acción del sacerdote, sino como corresponsabilidad de sacerdotes y fieles, de la multitud de los cristianos, en su inmensa mayoría laicos, llamados —sacerdotes y laicos— a «cooperar unánimemente en la obra común» (Conc. Vaticano II). «Hay que rechazar el prejuicio —decía ya por los años treinta— de que los fieles corrientes no pueden hacer más que limitarse a ayudar al clero, en apostolados eclesiásticos.» Precisamente, su concepción del minis-

terio transcurría en sentido inverso, con consecuencias prácticas para la vida del Opus Dei: «los miembros del Opus Dei que son llamados al sacerdocio siguen formando con los seglares, dentro de la Obra, una sola clase». El ministro se entiende desde y para sus hermanos; no para brillar, sino para servir desde su posición necesaria e insustituible en el Pueblo de Dios, que es hacer presente a Jesucristo entre sus hermanos por el ministerio de la Palabra y de los Sacramentos. Ciertamente, respetaba y acompañaba con su afecto y oración a quienes buscan una presencia sacerdotal en la vida social por otros caminos; su experiencia, sin embargo, le mostraba que el ministerio propio del sacerdote asegura suficientemente una legítima, sencilla y auténtica presencia en la comunidad humana a la que se dirige.

De aquí la importancia que concedió en su actividad pastoral a la predicación de la Palabra de Dios, en su multiforme variedad, y a la celebración litúrgica. Siempre le pareció que el ejercicio fiel del *ministerium verbi et sacramentorum* era la mejor forma de ejercer el oficio pastoral. Monseñor Escrivá fue un predicador incansable, ante multitudes, o en pequeños grupos, o en conversaciones personales, hablando siempre de lo mismo: de Dios. Es decir, de Jesucristo y de su Iglesia, de las implicaciones de la fe bautismal, de la misericordia divina y del don gratuito del Espíritu, de la conciencia de la vocación cristiana. Con el ministerio de la palabra se hacía servidor de la comunión; vivía la convicción de que se debía, como Jesús mismo, a todo hombre sin distinción («los sacerdotes no podemos ser hombres de partido»), fueran sus oyentes muchos, pocos, o uno sólo («cada hombre vale toda la sangre de Cristo»), con una disposición personal generosa, solidario con todas las necesidades humanas, para curar, consolar, dar esperanza y alentar con la palabra evangélica, haciéndose «todo para todos». Ahí encontraba la fortaleza de Dios para su tarea, ya desde los primeros años de sacerdocio: «¿Qué medios puse yo? (...). Fui a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid. Horas y horas por todos los lados, todos los días, de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada, entre niños con los mocos en la boca, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios (...). Fueron muchas horas en aquella labor, pero siento que no hayan sido más. Y

en los hospitales, y en las casas donde había enfermos, si es que se pueden llamar casas a aquellos tugurios... Eran gente desamparada y enferma...» Pasado el tiempo, el desarrollo del Opus Dei y su tarea al frente de la Obra le impidió esta forma de ministerio «a pie de obra», y sin embargo, nunca se sintió como mero «hombre de gobierno», sino, ante todo, sacerdote de Jesucristo: «no puedo negarme», era su comentario frecuente cuando la atención de quienes le buscaban —tantos millares de personas en sus largos años de Roma—, requería posponer otras tareas, aparentemente más importantes. Y cuando tenía que estar «atado a la mesa», entre papeles, por exigencia del gobierno de la Obra, practicaba aquello de que nos hablaba de continuo a los que colaborábamos con él en tareas de gobierno: «en los papeles hay que ver almas».

Un último apunte sobre este corazón sacerdotal que hoy la Iglesia eleva a los altares. Lo importante, decía más arriba evocando a monseñor Escrivá, no es el sacerdote personalmente, sino los fieles, las personas concretas por las que ha muerto y resucitado Jesucristo. Y para el Fundador del Opus Dei, eso era así no sólo como «objeto» de su ministerio sacerdotal, sino que las vidas de los fieles, de los hombres y mujeres corrientes que se esforzaban por vivir la vocación cristiana, eran para su alma acicate y empuje en su entrega a Dios. Le edificaban y suscitaban su admiración, las veía como «modelo» de la entrega que deseaba tener a Jesucristo, de la santidad que buscaba. Recuerdo, en este sentido, unas palabras tuyas que me impresionaron hace ya muchos años. Era octubre de 1960, en Pamplona, a donde había ido con motivo de la erección por S.S. Juan XXIII del hasta entonces Estudio General en la Universidad de Navarra. Al despedirse de una multitud cariñosa de profesores y estudiantes —estábamos en el hall del Colegio Mayor Aralar—, les dijo: «Rezar por mí para que sea fiel a mi vocación: fiel, como un buen marido lo es a su mujer». La fidelidad y la santidad del matrimonio eran «modelo» para su vocación sacerdotal.

Josemaría Escrivá de Balaguer es, en definitiva, un sacerdote que hermanó estrechamente a sacerdotes y laicos en la Iglesia, porque sólo quiso servir, a la manera del Maestro. ■

Javier ECHEVARRIA

Vicario General del Opus Dei